



El Centro Nacional de Referencia y Perfeccionamiento de la Medicina Hiperbárica le debe décadas de entrega. /Foto: Facebook

Alexey Mompeller Lorenzo

EL gran día cuenta los más de 300 kilómetros entre La Habana, su ciudad adoptiva, y Cabaiguán. En verano y en el ocaso del año, Solerme Morales Cudello recorre el Paseo Camilo Cienfuegos, retoma las conversaciones que lo devuelven a la juventud e intenta dividirse durante las cortas jornadas de vuelta a casa, cuando las invitaciones de la familia y los amigos emulan con las consultas telefónicas que el doctor de casi 77 septiembrés responde.

“Por su condición de archipiélago, algunos estimaban que en Cuba conocíamos sobre la Medicina Subacuática a cargo del estudio, diagnóstico y tratamiento de patologías relacionadas con el buceo y la navegación aérea y aeroespacial”, comenta uno de los decanos de la especialidad en la Mayor de las Antillas.

Esta modalidad se añade a la Hiperbárica,

Mientras la vida y la salud me lo permitan, estaré en la trinchera

Considerado uno de los iniciadores de la Medicina Hiperbárica y Subacuática en Cuba, el doctor cabaiguánense Solerme Morales Cudello roza los 80 años con total vitalidad

perfil reconocido por sus fines curativos en un grupo de enfermedades, al implicar terapias con niveles de oxígeno administrados a una presión superior a la atmosférica.

Aletas, bailarines, niños accidentados en el siniestro del hotel Saratoga y el afamado epidemiólogo Francisco Durán García han acudido al cabaiguánense. En él depositaron su fe antes de entrar a la cámara hiperbárica.

“El médico tiene dos posibilidades: cura o mejora la calidad de vida del paciente”, refiere con el regocijo retratado en el rostro. Apenas puso un pie fuera de la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, el Hospital Clínico Quirúrgico Hermanos Ameijeiras lo recibió en 1983 junto a un selecto equipo de expertos designados por el Ministerio de Salud Pública para desplegar este método terapéutico. Tiempo después inauguraría el Centro Nacional de Referencia y Perfeccionamiento de la Medicina Hiperbárica.

“Realicé una indagación al respecto e intercambié con otros colegas acerca del tema. Para esa etapa más del 50 por ciento de los galenos ignorábamos o solo teníamos nociones elementales de la Medicina Hiperbárica y Subacuática (MHS). La oportunidad llegó en el instante preciso.

“En nuestro país este es un servicio gratuito para todos, pero en determinadas latitudes una sesión puede costar hasta 500 dólares, y generalmente los tratamientos oscilan entre 10 y 20 sesiones”.

Su estancia en el Barocentro de Moscú, el Centro de MHS de Barcelona, beca ganada por ese talento suyo a la altura de la naturalidad que lo define, y una lista extensa

de experiencias del otro lado del Caribe aportaron a la formación de Solerme, una mano amiga si de asesorar a homologos latinoamericanos se trata.

Para un hombre de ciencia, profesor consultante de varias generaciones de profesionales de batas blancas, investigar y depositar la esperanza en pacientes de diferentes nacionalidades han sido sus credenciales en cerca de medio siglo entregado a la Medicina.

“Me he concentrado en el diagnóstico de enfermedades en edades pediátricas y sus tratamientos, sobre todo en el síndrome de Legg-Calvé-Perthes, que afecta la cadera del niño y cursa con necrosis de la cabeza del fémur. Tengo la dicha de haber dado de alta a más de 400 infantes, incluso, algunos residen en el exterior”.

La confianza depositada en el doctor de muchos es la misma hacia el sistema de Salud en Cuba. “En 2022 esta patología no estaba descrita entre las enfermedades a tratar con la MHS. Finalmente fue incluida en las sociedades científicas internacionales y eso representa un aliento”.

La MHS queda fuera de los programas de estudio de las Ciencias Médicas en Cuba. Tal motivo inspiró a Solerme, autor de una estrategia pedagógica para dotar de herramientas a los especialistas vinculados a la rama.

“Diseñé una escalera certificativa basada en contenidos para impartir mediante un curso, dos diplomados, un entrenamiento y culmina con una maestría. Si el profesional desea continuar capacitándose, opta por el doctorado”.

Los aires de zafra llevaron a la familia de Solerme Morales Cudello a Camagüey. “Las

necesidades económicas nos obligaron a hacerlo. A Cabaiguán veníamos en jornadas de cosecha tabacalera y en tiempo muerto mi padre trabajaba en cañaverales de allá”.

En esa provincia combatió la ignorancia en plena Campaña de Alfabetización. Vencido el primer semestre de la Facultad Obrera, en las mañanas ejercía como profesor del Departamento de Capacitación adjunto al Ministerio de la Agricultura.

“Al ganarme una beca en la Escuela Especial Lenin, de La Habana, iniciativa del Che, terminé el bachillerato en dos años. Luego me ofrecieron la posibilidad de hacer la carrera que quisiera. A los 24 años estaba más cerca el sueño de convertirme en médico”.

Al graduarse, lució con orgullo una guayabera que integra la mayor colección de esa prenda resguardada en Sancti Spíritus. “La mía no tiene el mismo prestigio de otras exhibidas allí. La doné no porque sea famoso, sino porque soy espirituario y mantengo la costumbre de regresar a mi pueblo, del que partí a los siete años de edad”.

El hiperbarista, integrante por décadas del claustro docente de la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, no concibe la idea de encerrarse en su apartamento de la barriada capitalina de Santo Suárez. Sale al encuentro con sus pacientes. En el hospital Hermanos Ameijeiras le aguardan los alumnos de posgrado y alista la próxima conferencia.

“En mi diccionario particular desaparecieron las palabras viejo y vencido. Mientras la vida y la salud me lo permitan, estaré en la trinchera”; lo dice con el bastón en punta para dar curso a las visitas que hasta el sol de hoy lo reclaman en Cabaiguán.

La faena de contar más de 10 000 granitos de arroz

Cincuenta años después, Evelio Murga rememora cómo en su juventud el Comandante lo instó a contar una libra del cereal, grano a grano

Texto y foto: José Lázaro Peña

Antes de acceder a ser entrevistado, Murga pasa la mano izquierda por sus labios. Siempre la izquierda, dice, porque es la del corazón, y porque para hablar de Fidel uno debe limpiarse la boca primero.

Con la añoranza de quien rebusca en media centuria de recuerdos y el esfuerzo propio de los años, retorna a la época en que trabajó, codo a codo, con el hombre que siempre deseó conocer.

“Cuando triunfó la Revolución yo era un guajirito de 19 años con muchas ansias de aprender y echar pa'lante en la vida. De no ser por la Generación del Moncada, hoy seguiría siendo analfabeto, pero si llegué a segundo, sexto y octavo grados y luego me hice técnico del arroz y conocí Italia en calidad de trabajador cubano fue gracias a la Revolución.

“Para corresponder tanta benevolencia siempre soñé con ver a Fidel y decirle personalmente: Gracias por todo, Comandante. Sin embargo, en aquel entonces, ¿qué iba a saber yo lo que me

depararía el futuro?”.

Cuando regresó de Europa, Evelio fue enviado a Niña Bonita, un complejo técnico donde se comenzó a experimentar con variedades de arroz existentes para hallar otras nuevas y más productivas. Allí, comenta, tuvo la oportunidad de su vida: saludó y hasta abrazó a Fidel, no una, sino mil veces.

“Nos caía como del cielo y sorprendía al panel entero a mitad de faena. Iba a diario: primero pasaba por donde estaba Ubre Blanca (la famosa vaca de los 40 litros de leche) y luego veía a sus hijitos, como cariñosamente llamaba a las maticas de arroz. En esa gracia, lo tuve casi dos años muy cerca. ¡Qué tiempos!

“Imagina su confianza en el proyecto, que al regresar de un viaje a otro país o de una gira de provincia, primero les echaba un ojo a los cultivos y después llegaba a casa. En más de una ocasión lo sorprendí de madrugada, campo abierto, con una linterna en la mano”.

Pero los mayores logros fueron en la Estación Experimental La Coca. Allí se obtuvieron las variedades de arroz esperadas. Una de ellas, la mejor, quedó bautizada

con el nombre de la institución y fue también en ese lugar donde ocurrió el suceso.

“Él no preguntó directamente, pero tuve que asumir porque yo era el técnico”.

Ese día, Fidel estaba más interesado que nunca en los nuevos granos. “Cuando abrió la boca no pensamos que nos iba a coger con una mano alante y la otra atrás, porque nosotros hacíamos cada trabajo genético que le roncaba el tarro. Sin embargo, partió el bacalao al medio”.

Hoy Murga se burla del suceso, pero en aquella sala nadie se atrevió a mostrar ni la más ligera sonrisa cuando a aquel hombrón de verde olivo le picó la curiosidad:

—Sí, pero yo tengo una duda. ¿Cuántos granos de arroz tiene una libra?

Que Fidel preguntara y no hubiera respuesta era inconcebible. “Todos nos miramos perplejos. Recuerdo que lo primero que me pasó por la cabeza fue: Dios mío, este hombre está loco”, mas al ver su cara entendí lo que pedía. Fidel quería que de La Coca salieran los mejores técnicos e ingenieros, así que, luego de recapacitar, descubrí



Murga evoca a menudo sus encuentros memorables con Fidel.

que él solo exigía una preparación que rozara la perfección que necesitábamos”.

Aun así, la interrogante estaba abierta.

“Eso depende del tamaño del grano, Comandante. Deben ser miles”.

—¿Y el Coca, por ejemplo?, añadió divertido.

—“Bueno, Comandante, yo...

Disculpe, no tengo idea.

Todavía a Murga se le llenan de lágrimas los ojos por la vergüenza de ver al hombre que lo inspiró en su vida con aquella tremenda cara de inconformidad.

“Al final tuve que contar tres veces para saber cuántos eran. No recuerdo con exactitud, pero anoté 16 000 y pico. Y, oye, el tipo me tuvo un día entero contando”.